

CLÁSICOS
A MEDIDA

Romeo y Julieta

William Shakespeare

Adaptación de M.^a Lourdes Íñiguez
Ilustraciones de Alex Kitchner

ANAYA

A stylized, graphic illustration of a man's head and shoulders. The man has a large, rounded, yellow face with a prominent nose and a thin mustache. He is wearing a yellow ruff collar and a dark brown, buttoned-up garment. The background is a dark green, textured surface with a repeating pattern of stylized, interconnected floral or leaf-like shapes. The overall style is reminiscent of a woodcut or a graphic print.

Introducción

La historia

Romeo y Julieta es una de las obras más famosas de la literatura universal. Todos hemos oído hablar de estos dos grandes personajes literarios y conocemos su historia, esto es, el argumento de la obra teatral: en la ciudad de Verona, dos familias —los Montesco y los Capuleto— son enemigas desde hace años, sin que sepamos la causa de su odio y sin que el Príncipe pueda imponer su autoridad sobre ellos. Los Capuleto dan una fiesta y a ella acude enmascarado el joven Romeo Montesco, que queda completamente enamorado de Julieta, la hija de la casa, quien, a su vez, también se enamora, desde el primer instante, de Romeo. Este encuentro dará lugar a un conflicto en el que se van a ver envueltos personajes de diversas clases sociales de la época.

La obra se puede definir como la tragedia del amor, de un amor juvenil, apasionado y sin límites, que nada sabe de normas

sociales y al que se le oponen una serie de obstáculos. De ellos, los principales son, en primer lugar, los que levantan los propios personajes que rodean a los protagonistas, así, el odio entre sus familias, los Montesco y los Capuleto, o la intransigente imposición de un matrimonio por conveniencia entre Julieta y el noble Paris.

En segundo lugar, la fatalidad de los hechos, como la muerte de parientes o amigos muy cercanos —Mercucio y Tebaldo—; la imposibilidad de que los mensajes lleguen a tiempo, como el aviso que fray Juan debe dar a Romeo de lo que ha hecho Julieta; el que Romeo llegue a la tumba antes de que Julieta despierte o llegue fray Lorenzo.

Y en tercero, hay que añadir el error o la precipitación de algunas decisiones de los propios protagonistas, como su matrimonio en secreto.

La suma de todos estos impedimentos es tan larga que llama la atención que una obra de amor tenga tan pocas escenas amorosas. Con todo, se crea un mundo en el que la fuerza de las emociones y de los sentimientos fascina totalmente y engancha al espectador-lector hasta atraparlo.

Un acierto de Shakespeare

En la obra se une lo lírico —los sentimientos— con lo trágico —la muerte como única salida al conflicto y, a la vez, como medio de hacer eterno el amor—. Precisamente este es uno de los aciertos de su autor, William Shakespeare, quizás el más curioso y novedoso de su época: elegir como tema central el amor que sienten no unos personajes ideales o sublimes, sino seres humanos contemporáneos suyos, aunque su final se vea precipitado en la tragedia. Junto a estos elementos también aparece lo cómico, en especial en el personaje del Ama de Julieta.

Todas estas características hacen la obra tremendamente humana, porque esto era lo que interesaba a su autor, no una tragedia al estilo clásico en la que los dioses o el destino se atraviesan en las decisiones de los hombres y los hacen caer, sino una tragedia en la que las pasiones, los intereses, los errores de los propios hombres se interponen como una barrera que impide vivir a aquellos a los que convierte en sus víctimas.

Al final, nos quedamos con una sensación de amargura, impotencia y frustración al darnos cuenta de qué insignificante es el ser humano, cuánto se equivoca en su vida y cómo esta parece estar movida por fuerzas incomprensibles, ya sean divinas —Dios o los cielos— o mágicas —las estrellas, la Fortuna, el destino...

Por lo que se refiere a la estructura, el texto avanza de manera progresiva, es decir, se organiza, siguiendo un planteamiento inicial del conflicto, un nudo con su punto culminante y un desenlace, que se estructura —como en toda obra teatral— en actos, aquí cinco, y en múltiples escenas, cada vez que entran o salen los personajes.

Esta edición

La obra que ofrecemos en esta colección no es el texto completo, sino una versión reducida del original, pensada para ser leída de forma individual o en grupo —como teatro leído en clase— por alumnos de Secundaria, razón por la que además aparece escrita en prosa para facilitar su lectura.

No hemos eliminado ninguna secuencia fundamental; tan solo nos hemos limitado a simplificar las escenas. Del mismo modo y por razones didácticas, con el fin de hacerla accesible

para los alumnos, hemos añadido al principio de cada escena un breve resumen de su contenido argumental, que en el original, obviamente, no aparece.

Romeo y Julieta



PERSONAJES

PRÍNCIPE SCALA: máxima autoridad de la ciudad de Verona.

MONTESCO: cabeza de familia de una rica familia veronesa.

SEÑORA MONTESCO: la esposa.

ROMEO: hijo de Montesco.

CAPULETO: cabeza de familia de una rica familia veronesa enemistada con la anterior.

SEÑORA CAPULETO: la esposa.

JULIETA: hija de Capuleto.

TEBALDO: sobrino de la señora Capuleto y primo de Julieta.

BENVOLIO: sobrino de Montesco y primo de Romeo.

MERCUCIO: joven caballero, pariente del Príncipe y amigo de Romeo.

PARIS: joven conde, pariente del Príncipe y pretendiente de Julieta.

AMA: nodriza que crio a Julieta y pertenece a la casa de los Capuleto.

BALTASAR: criado de Romeo.

ABRAHAM: criado de la casa Montesco.

PEDRO: criado de la casa Capuleto y criado personal del ama.

SANSÓN: criado de la casa Capuleto.

GREGORIO: criado de la casa Capuleto.

FRAY LORENZO: monje de la orden franciscana.

FRAY JUAN: monje de la orden franciscana.

UN BOTICARIO DE MANTUA.

MÚSICOS.

CRIADOS VARIOS.

GUARDIAS DE LA CIUDAD.

CIUDADANOS.



ESCENA I

En la ciudad de Verona (Italia), en el siglo XIV o XV, dos familias mantienen viejas rencillas desde hace años. Partidarios de los dos bandos se encuentran en la calle y se enfrentan en una pelea. El Príncipe, máxima autoridad de la ciudad, se presenta y los separa. Mientras, Romeo, el joven Montesco, que no interviene en la pelea, busca la soledad para llorar sus penas de amor.

Entran SANSÓN y GREGORIO, de la casa de los Capuleto, con espadas y escudos.

SANSÓN.—Te aseguro, Gregorio, que no lo soporto más.

GREGORIO.—Y que lo digas, no se van a quedar con nosotros.

SANSÓN.—Lo que quiero decir es que por las malas lo van a tener peor.

GREGORIO.—La riña es entre nuestros amos y entre nosotros, sus hombres.

SANSÓN.—Como me encuentre a un perro Montesco, salto. No es de valientes arrimarse a la pared.

GREGORIO.—Pues saca la herramienta que aquí vienen dos de los Montesco.

Entran ABRAHAM y otro sirviente.

SANSÓN.—(*Aparte, a Gregorio.*) Mi arma está sacada y preparada. Pero, pongamos la ley de nuestra parte; deja que empiecen ellos.

GREGORIO.—Les haré una mueca cuando pasen y que se lo tomen como quieran.

SANSÓN.—Me chuparé el dedo cuando me vean, que es un gesto de mucho desprecio, a ver si lo aguantan.

ABRAHAM.—¿Ese gesto nos lo habéis hecho a nosotros, señor?

SANSÓN.—No ha sido a vosotros; pero, sí, lo he hecho.

GREGORIO.—¿Es que queréis pelea?

ABRAHAM.—¿Pelea? ¡No, señor!

SANSÓN.—Porque si la queréis, señor, soy todo vuestro.

ABRAHAM.—Mejor no.

Entra BENVOLIO.

GREGORIO.—(*Aparte, a Sansón.*) Mejor di que sí, que aquí llega un pariente del amo.

SANSÓN.—Sí, mejor sí. Sacad la espada, si es que sois hombres. Gregorio, recuerda tu golpe maestro.

Luchan.

BENVOLIO.—¡Alto, locos! Guardad vuestras espadas y estad en paz. No sabéis lo que hacéis.

Entra TEBALDO.



TEBALDO.—¿Qué es esto? ¿Lucháis contra estos cervatillos? Vuélvete, Benvolio, y enfréntate a tu muerte.

BENVOLIO.—Solo quiero poner paz. Guarda tu espada y ayúdame a separar a estos hombres.

TEBALDO.—¿Cómo pretendes poner paz con la espada en la mano? Odio esa palabra tanto como al infierno, a los Montesco y a ti. ¡En guardia, cobarde!

Luchan. Entran tres o cuatro CIUDADANOS con palos y lanzas.

CIUDADANOS.—¡Dadles! ¡Derribadlos! ¡Abajo los Capuleto! ¡Abajo los Montesco!

Entran el anciano CAPULETO y su ESPOSA.

CAPULETO.—¿Qué ruido es este? ¡Dadme mi espada!

SRA. CAPULETO.—Di mejor un bastón. ¿Por qué pides una espada?

Entran el anciano MONTESCO y su ESPOSA.

CAPULETO.—¡Digo mi espada! El viejo Montesco está aquí y fanfarronea con su espada delante de mí.

MONTESCO.—¡Tú, Capuleto, villano!... ¡No me sujetéis! ¡Dejadme!

SRA. MONTESCO.—Tú no moverás un pie para ir en busca de un enemigo.

Entran el PRÍNCIPE SCALA y sus acompañantes.

PRÍNCIPE.—Súbditos rebeldes, enemigos de la paz, bestias que mancháis el acero con la sangre del vecino. ¿Queréis oírme? Bajo pena de tortura, soltad ahora mismo las armas y escuchad



la sentencia de vuestro Príncipe. Tres veces vuestras guerras personales, consecuencia de vuestras locas palabras, viejo Capuleto y Montesco, han roto la tranquilidad de nuestras calles y han obligado a los ciudadanos de Verona a desnudarse de sus lujosas ropas para vestir las armas, con el fin de que terminase vuestro destructivo odio. Si volvéis a alterar la paz, lo pagaréis con vuestras vidas. Tú, Capuleto, ven conmigo; y tú, Montesco, acude esta tarde al palacio para seguir hablando del asunto. Y ahora, lo dicho, que todo el mundo se vaya, bajo pena de muerte.

Se van todos, excepto MONTESCO, su esposa y BENVOLIO.

MONTESCO.—¿Quién inició de nuevo esta vieja pelea? Habla, sobrino, ¿estabas tú cuando empezó?

BENVOLIO.—Estaban los criados de tu enemigo y los tuyos luchando cuando yo llegué. Saqué la espada para separarlos y en ese momento llegó el fiero Tebaldo, espada en mano, insultándome y amenazándome con ella. Vinieron más y se sumaron a la pelea, hasta que llegó el Príncipe y separó a las dos partes.

SRA. MONTESCO.—¡Ah! ¿Dónde está Romeo? ¿Le has visto hoy? ¿Cuánto me alegro de que no estuviera en esta pelea!

BENVOLIO.—Tíos, una hora antes de que el sol asomase su cabeza por la dorada ventana de Oriente, vi a vuestro hijo paseando solo por un bosquecillo. Me acerqué a él, pero él se ocultó más en la espesura, huyendo de toda compañía. Así que continué mi camino, sin seguirle y me alejé de quien de mí huía.

MONTESCO.—Más de una mañana se le ha visto por allí aumentando el rocío con sus lágrimas, pero cuando apenas ha amanecido vuelve a casa y se encierra en su cuarto, cierra las ventanas

y se crea una noche artificial para él solo. Alguien debería hablar con él y aconsejarle, pues ese negro estado de ánimo le puede traer grandes males.

BENVOLIO.—Noble tío, ¿sabes tú la causa?

MONTESCO.—Ni yo la sé ni él me la quiere decir.

BENVOLIO.—¿Lo has intentado?

MONTESCO.—Sí, tanto por mí como a través de sus amigos; pero él se la guarda bien en secreto, tan reservado está. Si pudiéramos saber cuál es el motivo de su tristeza, le ayudaríamos como mejor supiéramos.

Entra ROMEO.

BENVOLIO.—Mirad por donde viene. Dejadnos, por favor; me enteraré de su pesar o me lo tendrá que negar.

Se van MONTESCO y su ESPOSA.

BENVOLIO.—Buenos días, primo.

ROMEO.—¿Ya es de día?

BENVOLIO.—Apenas son las nueve.

ROMEO.—¡Ay de mí! Las horas tristes parecen tan largas. ¿Era mi padre quien se iba?

BENVOLIO.—Sí, era él. Dime: ¿qué tristeza alarga tus horas, Romeo?

ROMEO.—El no tener lo que si lo tuviera las haría cortas.

BENVOLIO.—¿Estás enamorado?

ROMEO.—Sin...

BENVOLIO.—¿Sin amor?

ROMEO.—Sin el amor de la que yo amo.

BENVOLIO.—¿Por qué será el amor tan dulce a simple vista y tan duro y amargo cuando se prueba?



ROMEO.—¡Ay, el amor! ¿Por qué si es ciego puede encontrar sin ojos el camino que se le antoja? ¿Por qué era esa pelea? No me lo digas, porque lo escuché todo. Tiene mucho que ver con el odio, pero más con el amor. ¡Oh, amor pendenciero! ¡Oh, amoroso odio! ¡Oh, pluma de plomo, brillante humo que sale de los suspiros, helado fuego, gustosa enfermedad, sueño estando despierto, mar nutrido por las lágrimas de los amantes! Este es el amor que siento. ¿No te ríes?

BENVOLIO.—No, primo, más bien lloro por el dolor que oprime tu corazón.

ROMEO.—¡Yo mismo me he perdido y no me encuentro! ¡Este no es Romeo; es otro el que está aquí!

BENVOLIO.—Dime en serio ¿a quién amas?

ROMEO.—En serio, primo, amo a una mujer a la que no podrán herir las flechas del amor, pues se ha protegido con la armadura de la castidad; no la convencerán las palabras de amor, ni los ojos seductores, ni el oro que compra a los santos.

BENVOLIO.—Sigue mi consejo, olvídala; no pienses más en ella. Dale a tus ojos libertad y mira a otras damas.

ROMEO.—El compararla con otras haría que su belleza resultara todavía más exquisita. El que ha quedado ciego no puede olvidar lo que significa ver. Adiós, puesto que no me enseñas a olvidar.

BENVOLIO.—Te enseñaré esa lección o estaré en deuda contigo hasta la muerte.

Salen.